

ALGO ME PASA

de Conrado Arbiza

Resumen de la obra: Dos muchachas, veinteañeras ellas, están en espera de que algo importante en sus vidas les pase, mientras tanto les pasan un montón de cosas insignificantes.

Perfil de los dos personajes:

Quizás encuentres en Ana un parecido con un Don Quijote y a Beatriz parecida a Sancho Panza, fue meramente accidental. Más psicológica y filosóficamente Beatriz es un personaje más físico, más cerca y en contacto con el mundo y Ana es un personaje más espiritual, y por lo tanto más vacío como correspondería a estas sociedades actuales en que lo espiritual no cuenta para nada, Ana siente más el vacío en el que viven sus valores y sus sentimientos. Beatriz ve valores en cualquier parte y con cualquier cosa, y Ana no ve esos valores de ahí su vacío emocional y de ahí su estado depresivo.

La acción sucede en un apartamento, en la ciudad de Buenos Aires, por el año 1980.

LA LLAMADA DE MAMA

Ana - Bueno ahora que la operaron entonces va a estar... digo que ahora que la operaron va a estar mejor... para eso son las operaciones mamá... no estoy diciendo eso... no estoy diciendo nada solo digo lo que dije, no estoy diciendo una cosa como si estuviera diciendo otra, dije que si la operaron ahora va a estar mejor y lo que quise decir es exactamente eso... bueno mamá, tenés razón la operaron para que esté peor.... Si.... No dije eso.... Tengo otro pedido de tortas.... No dije eso.... Tengo otro pedido de tortas....no te lo voy a decir.... Mamá siempre que me preguntás cuánto cobre, siempre, sea cual sea el precio que te diga a lo que llegás es a que me están robando... y que viva... y que viva mi cara si me están robando... ¿cómo estás vos?... entiendo... entiendo... ¿Y no existe una pastilla que te saque el dolor de cabeza sin que te haga bolsa el estómago?... No existe... ¿Estás segura?... ¿Le preguntaste al médico?...¿Y cómo está papá?... no empieces mamá... No me interesa que empieces a hablar mal de él nada más.... Si tenés un problema una duda, hablalo con él... no... ¿y con quién lo vas a hablar sino mamá?... ¿Cómo?...¿cómo está el tiempo allá?...¿Cómo está el tiempo allá?... Mamá ya cambiamos de tema, no sigas con eso...¿Cómo está el tiempo allá?... está nublado aquí también.... Si.... Es la hora de tu té, está bien...Bueno andá a calentar el agua... adiós... chau... CUELGA

fNo sea que se te pase la hora de tomar el té.

SE ACABO EL MUNDO

Ana – Puede ser que acá en Buenos Aires haya más puertas cerradas que abiertas ¡pero por lo menos hay puertas! Allá en la provincia ni siquiera hay puertas para golpear. Solo hay gente. Y lo único que hay para hacer allá es saludar. Vivimos nada más que para

saludar a la gente. Buenos días Doña Elvira, si es de mañana. Y cuidado con estar distraída y no ver a un conocido, que allá son todos conocidos o amigos de los conocidos, y allá si no saludás a alguien, el mundo se te cae encima. Se van tejiendo intrigas, enemistades, se especula, se susurra, por qué no me saludó, pero quién se cree que es, o sabrá algo, y entonces una cae sin saberlo sin enterarse en alguna lista negra, que es como una bola de nieve, que más bien es una bola de barro porque aquello va creciendo y enchastrando, creciendo y enchastrando, hasta no saber que una está metida dentro esa bola, y puede ser que nunca más pueda salir de esa bola. Y entonces toda la cosa es buenas tardes Don Bernardo, buenas tardes Don Danilo si es de tarde y buenas noches a todos, si es de noche y estás en tu casa y te vas a acostar. ¿Y acostarte para qué? Para levantarte temprano al día siguiente y otra vez Buenos días Doña Elvira y así hasta meternos en el pozo y acabar saludando a los gusanos, por las dudas, para no quedar mal. Porque andá a saber en una de esas qué puede pasar

Beatriz - ¿Qué te dijo tu mamá?

Ana – Lo de siempre, lo clásico en ella, lo de siempre...

Ana y Beatriz al unísono - ¡Qué necesidad había de que te fueras a Buenos Aires!

Beatriz – Nena...

Ana – A pasarla mal nada más.

Beatriz – Cuando acá en tu casa lo tenías todo, nena. Y ahí te pide que vuelvas a la provincia.

Ana – No, eso nunca me lo dijo.

Beatriz - ¿Nunca te dijo “volvé nena”?

Ana – No, lo de ella es solo criticar que me haya venido a Buenos Aires y cuando estaba allá a lo que se dedicaba era a criticarme el trabajo este de las tortas.

Beatriz – O sea que ella solo tiene el ojo puesto para decir las cosas malas que ve.

Ana – Está capacitada solo para criticar lo que hagas, sea lo que sea.

Beatriz – Se dedica a cortale las patas a los sueños, tu vieja.

Ana – Es lo que mejor sabe hacer. Es más lo que no me ha dicho que lo que me dijo. Ah, hablando de lo que sabemos hacer, tengo otro pedido de tortas.

Beatriz – Bien ahí, nena, qué talento. Hace unos pocos meses que viniste a Buenos Aires y vas de conquista en conquista.

Ana – Apenas me da para cubrir los gastos.

Beatriz – Nena, la verdad es que no necesitás a tu madre para tirarte tierra encima. Lo hacés muy bien sola. Estás ganando y cuál es tu reacción

LO DICE CON VOZ AGONICA IMITANDOLA EXAGERADA

Beatriz – Apenas me da para cubrir los gastos.

Ana - ¿Y qué querés que diga si es la verdad?

Beatriz – Y que viva, que qué suerte, que qué alegría, aleluya, aleluya, no sé, algo más que suene como a algo más ... no a algo menos. Pasaste demasiados años junto a tu madre.

Ana – Yo lo veo así. Apenas me da para cubrir los gastos.

Beatriz- Pero eso es todo un mérito, pensar que lo único que sabés cocinar son cinco tortas ratas nada más y mirá igual como el mundo responde a tu llamado. ¡Hay que tener talento para eso! Por saber tres tortas...

Ana – Cinco tortas.

Beatriz – Sabés hacer cinco tortas de porquería y mirá como te da resultado.

Ana – Muy amable por lo de porquería.

Beatriz – Porquería lo digo en el mejor sentido de lo que significa la palabra porquería. ¿Cómo era que se llamaban tus tortas?

Ana – Alfajor gigante de dulce de leche, Chees cake de vainilla, Pastel de manzana, chocolate y pasas, Dulzura de merengue y crema de coco, Postre de almendras y la última incorporación Torta crema de Nuez.

Beatriz – Como los tres mosqueteros que eran cuatro, tus famosas cinco tortas son en realidad seis. Rompiste tu tradición familiar.

Ana – Es que acá en Buenos Aires es diferente, allá en la provincia con cinco tortas que sabía me alcanzaba y sobraba para moverme, acá quedás como una tarada que te sabés dos cositas nada más

Beatriz – Todavía es difícil de creer el camino que te abriste con cinco tortas de porquería que te sabés cocinar.

Ana – Muchos cumpleaños y casamientos me ha costado para salir de allá y venir hasta aquí.

Beatriz – Increíble. Ah, me olvidaba, se acabó el mundo.

Ana - ¿Qué te pasó?

Beatriz – Se rompió el televisor.

Ana – Al fin no vamos a ver más por esa cosa. Bueno, a ver si te entusiasmás y comprás un televisor como la gente. Ni repuestos deben existir para un televisor en blanco y negro.

Beatriz – Jamás voy a comprar un televisor en colores.

Ana – Tampoco debe haber a la venta televisores que funcionen en blanco y negro.

Beatriz – O se repara o se compra otro en blanco y negro.

Ana - ¿Pero acaso no ves televisión? Entonces porqué no podemos ver televisión como todo el mundo. No existe más mirar la televisión en blanco y negro.

Beatriz – Es muy simple lo mío. Porque quiero ver televisión pero no quiero ver televisión.

Ana – Si pero no.

Beatriz – Ahí está, si pero no.

Ana - ¿Qué es si pero no? Quiero mirar televisión como la ve todo el mundo.

Beatriz – Porque quiero ver televisión pero no quedar como mi abuela, una momia sentada todo el día mirando la T.V. y lo único que existe en su vida es mirar la T.V., eso no quiero. Quiero mirar televisión pero no terminar mirando televisión de esa forma. Mi abuela se pasa todo el día sentada, con la mirada fija, no sé si pestañea, no mueve un músculo, una cejas, ni un rictus en sus labios, está dura todo el día mirando la televisión, que mi madre nunca sabía si en una de esas estaba muerta y no se daba cuenta, porque además era sorda y tampoco te respondía si la llamabas y mi madre me mandaba siempre a mi para que la tocara para saber si estaba caliente o fría, y yo hacía ese camino hacia mi abuela, sin saber si estaba con nosotros o no, y ella mirando la televisión, hasta que la tocaba y saltaba del susto y yo saltaba también más asustada que ella. No quiero que mi vida se transforme nada más que en mirar televisión, no quiero terminar así y para eso lo que hago es no empezar así.

Ana - ¿Y entonces no vamos a ver más televisión?

Beatriz – Si pero en blanco y negro.

Ana - ¿Y qué es eso? ¿Una manera de ver televisión pero no enamorarnos de ver televisión, que eso sería lo que nos pasaría si la viésemos en colores? Nos quedamos plantadas frente a la pantalla, poco a poco la tierra se acumula alrededor nuestro y al final, sin darnos cuenta, después de muchos años, nos damos cuenta de que se nos pasó la vida y lo único que hicimos de útil fue mirar televisión.

Beatriz – Ahí está. ¿Viste como llegás a las mismas conclusiones que yo?

Ana – Trato de seguir por donde van tu línea de ideas.

Beatriz – Y llegaste.

Ana – Voy a llegar a estar encerrada en un manicomio si sigo haciéndole caso a tu línea de pensamientos. Tratar de entenderte es volverse loca.

Beatriz – Y por eso precisamente no quiero ver televisión de colores, para no volverme loca. Solo miro televisión para llegar a ser una tonta superficial nada más. Y de que me sobre el tiempo para tratar de llegar a algo en la vida.

Ana – Si querés ser tonta y superficial no vas a llegar a nada en la vida. Siento mucho anunciártelo.

Beatriz – Mi yo tonta y superficial va a tomar agua mirando televisión, pero también está mi yo profundo y lleno de ideas pero... ¿oís?

Ana - ¿Qué cosa?

Beatriz - ¿No oís?

Ana – No oigo nada.

Beatriz - ¿Ves? Ahora estoy en mi yo profundo y lleno de ideas y no hay nadie golpeando en la puerta para que yo llegue a algo.

Ana – Porque tenés que salir a pelearla para ser alguien.

Beatriz - ¿Y en qué se diferencia una superficial y tonta de una profunda y llena de ideas cuando están buscando llegar a algo?

Ana – Que a veces la que está llena de ideas llega.

Beatriz - ¿Y todos los que son profundos y llenos de ideas llegan?

Ana – No lo sé supongo que todos no llega.

Beatriz - ¿Y nadie tonto y superficial llega?

Ana – No lo sé supongo que alguno si llega.

Beatriz - ¿Ves? Me estás sacando mi teoría del caos.

Ana – No sabía que tuvieras una teoría del caos.

Beatriz – Es la base, la razón de mi existencia.

Ana - ¿Y qué dice tu teoría del caos?

Beatriz – Mi teoría del caos dice que a cualquiera le puede pasar cualquier cosa en cualquier momento.

Ana - ¿Y adónde llegás con eso?

Beatriz – A eso justamente que podemos llegar adonde vos y yo queremos llegar.

Ana – Por tu teoría. ¿Cuál es? Que nos van a caer las cosas del cielo.

Beatriz – Bueno no quería ponerla en términos tan místicos pero esa también es.

Ana – A cualquiera le puede pasar cualquier cosa en cualquier momento. Si... puede darse.

Beatriz – Es lo que decía. No podemos perder con la teoría del caos.

Ana - ¿Vamos a comprar una T.V. en colores mientras esperamos a que se cumpla tu teoría del caos?

Beatriz – Nunca

Ana - ¿Vas a salir?

Beatriz – Siempre. Siempre voy a salir. Tengo cincuenta y pocos sábados al año para encontrar a mi príncipe azul. Tengo poco tiempo. Es poco tiempo.

Ana - ¿Y cómo es el príncipe azul que buscás?

Beatriz – Que tenga auto.

PAUSA

Ana - ¿Y?

Beatriz - ¿Y, qué?

Ana – Estabas con las cualidades que debe tener tu príncipe azul: Que tenga auto... ¿y qué más?

Beatriz – Y ya está, eso nomás, que tenga un auto. Ya pasé mi etapa romántica en la provincia. Me enamoré por los ojos, por la mirada, me enamoré por cómo caminaba uno, por Dios, un tarado resultó, y ya está se fue mi etapa romántica, también pasé por la etapa de novios sin auto y tampoco resulta, una no sabe en dónde están parados, no se sabe lo que piensan, ni las ambiciones que tengan, ahora estoy en mi etapa práctica. Que tenga un auto.

Ana – Aunque sea el auto del papá.

Beatriz – No, que tenga auto propio.

Ana – No importa si es joven o viejo, pelado o peludo, lo importante es que tenga auto.

Beatriz – Importante es todo pero así de primera, importante es el auto, un 80% el auto y un 20% el aspecto.

Ana – Que tenga un auto. Mirá vos.

Beatriz – Y si nena, un auto. Es una forma que tengo para ver que tiene alguna ambición. Si tiene auto, tiene que tener un trabajo, porque lo importante de un auto no es tenerlo sino mantenerlo, necesita pagar la patente, pagar el combustible.

Ana – Pagar los peajes.

Beatriz – Pagar el taller mecánico si se le rompe el auto. O sea que tiene que ser un ejecutivo, un joven dinámico, que tiene que saber moverse en el medio para sobrevivir.

Ana – Tiene que saber estacionar el auto. Que tenés que hacerlo en unos lugares así de chiquititos.

Beatriz – Ahí está, lo estás entendiendo. El auto es el símbolo de todo el movimiento del hombre, es tener un problema y andar solucionándolo a cada paso. El que tiene un auto es un tipo que sabe moverse en este mundo.

Ana – Y yo que pensaba que tener un auto era solo eso: tener un auto. Una cosa con motor y cuatro ruedas que te ayudaba a acercarte al lugar adonde querías ir.

Beatriz - ¿Viste? Te di una lección de vida.

PAUSA

Beatriz – Ahora que no tenemos televisor y no tengo nada para mirar me doy cuenta de detalles del departamento. Mirá que es feo este lugar en donde estamos metidas. ¿Cómo podemos vivir en un lugar así?

Ana – Por eso necesitamos urgente un televisor. Para distraernos y no ver la realidad en la que vivimos.

Beatriz – Mirá que es feo, feo, feo este lugar.

Ana - ¿Ves? Por eso necesitamos un televisor. Para que no te deprimas descubriendo cómo vivimos.

3 – OTRA LLAMADA DE MAMA

Ana – Hola mamá... estoy bien, muy bien... No, no me pasó nada... y porque sí... Nada más que hoy quise estar bien y estoy bien ... bueno si... Estoy loca entonces, será porque estoy loca... Debo estar volviéndome loca de tanto respirar el aire contaminado de Buenos Aires... No... no te estoy tomando el pelo... Te estoy hablando bien ... No me pasa nada... Bien, estoy insoportable hoy... No sé lo que le pasó al tío Nereo... mamá... mamá... todo bien con tu historia pero puede ser que se le haya salido un ojo y rebotado en el piso... No, no estuve ahí, vos tampoco, pero no pasan.. esos... accidentes... ya te oí, chocó cuando andaba en la bicicleta... Todo puede pasar... todo puede pasar en la calle... pero los ojos no rebotan en el piso... No estoy enojada... Tampoco estoy diciendo que sos una mentirosa... Bueno... Mamá... tengo... tengo algo en el horno... tengo que apagar el horno y sacarlo... tengo algo mamá para qué querés saber... se me quema... bueno... bueno... si...

Ana – Para mi madre vivir es no hacer nada. Es quedarse quieto, sentado, sentado derecho, no con los codos en la mesa, el no tener los codos en la mesa es importante, vivir la la vida para mi madre no es importante. No juegues porque te vas a ensuciar la ropa, jugar no es importante, la ropa limpia es importante. En mi casa lo importante es no hacer nada, vivir la vida es no hacer nada, comer dormir, trabajar para no aburrirte y contar las desgracias ajenas. A mi madre le encanta contar las desgracias ajenas, el que no bebe mucho, juega mucho, o engaña a la esposa con otra, o está casado con una mujer veinte años más joven. Todo es una desgracia. Si andábamos en bicicleta, nos íbamos a caer, si comprábamos algo rojo nos decía que por qué no lo compramos azul y si lo compramos azul nos decía que le gustaba más el rojo. No sabía en dónde estábamos parados nunca. No sabíamos ni dónde estaba el mundo. Tengo la sensación de que fui a más funerales que cumpleaños, ir a los funerales es importante, ir a los cumpleaños no es importante, así crecí así me criaron, con esos valores ¿cuáles valores quisiera saber? No hacer nada porque si una hace algo le va a ir mal, se va a

caer, se va a divorciar, se va a desteñir, alguna desgracia siempre va a suceder. Por eso lo importante en mi casa era no hacer nada, excepto estar sentados, en silencio, esperando la muerte, esa era la felicidad en mi casa.

B - ¿Vamos a salir esta noche?

Ana – No, gracias. Ya salí con vos una vez y eso me sirvió de experiencia como para haber llegado a la sabiduría de no salir más contigo.

B – Qué aburrida que sos. Y además. ¿Qué fue lo que hice de malo la última vez?

Ana – Podrían habernos llevado a cualquier parte y nos podrían haber hecho cualquier cosa.

Beatriz – Uh, pero no podés andar pensando que todos los tipos con los que te vas a tropezar son unos psicópatas asesinos, por más que se parezcan mucho.

Beatriz - ¿Acaso no nos divertimos? ¿Acaso no pagaron todos ellos?

Ana – Para vos la diversión pasa si no pagás vos. Y si paga otro.

Beatriz – Exacto.

Ana – Tiene que haber algo más.

Beatriz – Hay lo que encontrás.

Ana – Sea lo que sea.

Beatriz – Pero hija, si vas a buscar en la vida lo que vos querés ¿sabés lo que te va a pasar? Te lo explico fácil y con una imagen que vas a entender enseguida. Te vas a quedar sin el pan y sin la torta. No estamos yendo para adelante, vamos para atrás, no nos vamos haciendo más jóvenes cada día nos vamos haciendo más viejas, así que agarrá lo que encuentres y buenas tarde mucho gusto y salís por la puerta más próxima. Y no hay más.

4 – ESCENA

Ana – En mi casa todo giraba alrededor de la herencia de mamá. De la pelea de la herencia con el hermano. Papá lo liquidaba todo en una frase “tu hermano te robó” , para terminar con las quejas, pero nunca ese era el final, mi papá lo decía para que pasáramos de una buena vez a otro tema pero eso nunca ocurrió. Mi padre frecuentemente liquidaba cualquier dificultad o problema con una sola frase. Su aporte como padre y jefe de la familia debieron ser unas quince o veinte frases las que dijo en casa nada más. La comida está caliente, o está fría, según el caso. Necesito el baño y el que estaba adentro tenía que salir. Necesito el teléfono y el que estaba usando el teléfono tenía que colgar. Volviendo a mi madre. Todo era la herencia, cada día, día tras día, cada años y años tras año, el único tema en mi casa era la

herencia. Y no se podía nombrar a mi tío, había que llamarlo “el sinvergüenza”. La historia que se contaba era que el tío la había engañado, el cómo, detalles nunca lo supimos, lo único que se oía en casa eran los insultos, los disgustos y los gritos, ahora las razones, explicaciones o algo que se pudiera parecer a algo normal y que pudiéramos entender jamás se oyó, era como un secreto de Estado. Mamá desconfiaba de nosotros que fuéramos a decir por ahí los movimientos que estaba haciendo con el abogado, como para apuñalar por la espalda al hermano, pero a nosotros nunca nos decía. Nada podíamos decir fuera de la casa, y no decíamos nada porque no sabíamos nada. Vivíamos siempre bajo el terror de que se nos escapara alguna frase o palabra que en una de esas no se podía decir. Una vez recibió mamá un juego de cubiertos de plata de la famosa herencia. Aquello se convirtió en el tesoro de la familia. Había que reverenciarlo. No lo podíamos tocar, ni siquiera mirarlo. Los cubiertos estaban en una caja de madera revestida de paño rojo. Mamá poco menos que reverenciaba aquellos cubiertos. Mil historias contaba alrededor de esos cubiertos. En verdad eran solo unas quince historias pero que repetía cada tanto año tras año hasta que se transformaron en mil historias. Una vez al año si teníamos permiso de tocar los cubiertos, no para usarlos por supuesto sino que para lustrarlos. Una vez al año la tarea de la familia era la de lustrar los cubiertos de plata. Se lustraba uno por uno, se iban dejando ordenados en la mesa, uno al lado del otro, cucharita de café al lado de cucharita de café a la misma altura y a la misma distancia, cubierto de pescado al lado de cubierto de pescado, y después mi madre los volvía a poner en los cajones correspondiente a cada tipo de cubierto dentro de la caja de madera revestida de un paño rojo, los miraba, brillaban los cubiertos y a ella le brillaban los ojos, Cuando quiero acordarme de mi madre sonriendo me acuerdo mirándola un cubierto de plata. Era el único momento de su vida en donde sonreía. Esa era mi vida en mi casa. Si no me venía a Buenos Aires me mataba. Muchas veces pensé en suicidarme. Pensaba que aquella cosa llena de herencia que no se tenían, y el lustrar cubiertos, era toda la vida. Llegué a pensar que toda la gente, todas las personas vivían también lo mismo que yo. Que solo existía esa vida. Que esa era toda la realidad. Ser parte de una familia en la que el padre nunca te habla, ni siquiera de mira, vivía mucho más fuera de casa que en casa, y afuera de casa era un hombre de lo más simpático, y amable. Adentro de casa era una piedra, o dormía o miraba televisión, nunca hablaba con nadie, ni siquiera con mamá. Y mamá en su mundo de herencia y cubiertos y dolores de cabeza. Porque su dolor de cabeza era más hija suya que nosotros los hijos. Vivía con dolor de cabeza. Nunca podías ir a comentarle algo de tus cosas, o de algún problema porque le dolía horriblemente la cabeza. Pensé que todos tenías la misma familia que yo, que eso era todo lo que había para vivir y no podía creerlo, era todo horrible, oscuro, estúpido, mediocre, miserable y encontré en la idea del suicidio como una brillante salida de todo eso. La idea del poder matarme hasta me hizo sentir un cierto alivio. Había una salida, podía salir de ese lugar. Y con tener la idea del suicidio en la cabeza ya me sentía mejor.

Beatriz – Espero, ahora que te fuiste de allá y te viniste a Buenos Aires y haber dejado tu casa atrás, que también hayas dejado allá lejos la idea esa tuya tan bonita del suicidio.

Ana – Y una mañana me di cuenta de que vos estabas viviendo en Buenos Aires, lejos de todo aquello, habías salido, te habías escapado, y esa mañana me di cuenta que yo podía hacer lo mismo. Ya hacías dos o tres años que te habías venido a Buenos Aires, yo lo sabía y no me había dado cuenta que eso podía ser algo.. Escapar de allá viniendo aquí. Que allá no había nada para mí, y que en Buenos Aires estaba todo lo que quería, aunque yo no supiera qué es lo que quiero, aquí está todo. Allí estaba lejos de todo y acá estoy cerca de todo. Cada día aquí me doy más cuenta que me fui de allá pero sigo atada a aquello y que estar aquí no es estar cerca de nada.

Beatriz – Y viniste a Buenos Aires y te diste cuenta que seguís lejos de todo.

Ana – Y que sigo sin tener nada.

Beatriz – Y espero que no te venga algún arranque suicida. Odiaría, de verdad que odiaría volver al departamento y encontrarte muerta. Eso sería algo de muy mala educación de tu parte. No lo hagas. Imaginate, vengo del trabajo, cansada, agotada, con ganas de bañarme y tomar un café y me encuentro con tu cadáver ¿qué hago?, yo quiero bañarme y tomar un café.

Ana – Y hacelo, date el gusto, yo te voy a esperar tranquila tirada en el suelo muy calladita.

Beatriz – No me lo hagas, mirá si me acusan de que yo te maté. No me metas en esos líos ¿Eh? Así que tranquila con esa idea.

Ana – Si yo no hice nada.

Beatriz – No tengo miedo de ver sangre, no tengo miedo de ver cadáveres pero no cometas el mal gusto de matarte justo en este departamento, con lo que me costó conseguirlo, tendría que mudarme porque tu fantasma estaría dando vueltas por aquí.

Ana – Si me voy de esa manera voy a tratar de molestarte lo menos posible.

Beatriz – No seas mala, no te mates, eso no se le hace a una parienta.

Ana – No lo voy a hacer.

Beatriz – Días malos vas a tener a patadas por aquí pero eso...si, eso si, pero no, no me lo hagas.

Ana – Tranquilizate. Si se me ocurre y lo quiero hacer voy a tratar de hacerlo fuera del departamento, lejos del departamento.

Beatriz - ¿Ves? Así está mejor. ¿Ves como hablando se entiende la gente? Y hacé una cosa, cumplilo como si fuera uno de los diez mandamientos: Si lo que mirás al espejo no te gusta entonces no mires al espejo. Nada más.

5 – EL TITULO

Ana - ¡¿Cómo que no sos enfermera?!

Beatriz – De la única manera, yo seguí por mi lado y la escuela de enfermería siguió por el suyo.

Ana – Pero si estás trabajando como enfermera.

Beatriz – Trabajo en el consultorio de una doctora.

Ana – Atendiendo los pacientes, yo te oí, no estoy loca, no es el zumbido de un tapón de cera en los oídos, yo te he oído, varias, varias veces decir que atendés a los pacientes.

Beatriz – Atiendo a los pacientes si, eso es verdad, no mentí, ahora vamos a toda la verdad, a la parte que nunca dije. Atiendo a los pacientes. Les digo: “Buenas tardes ¿su nombre? Tome asiento que enseguida lo llamo” y Ahí se acaba mi actividad profesional como enfermera. Bueno, atiendo el teléfono, le pago las tarjetas a la doctora. Esas son todas mis actividades profesionales como enfermera.

Ana – Pero tu madre...tu padre... ellos están convencidos de que sos enfermera.

Beatriz – Y casi lo soy, estudié un año, me falta nada más que cuatro años más ara recibirme..

Ana – Pero allá... en las vacaciones... le diste las inyecciones de insulina a la abuela cuando se puso mal con su diabetes.

Beatriz – Dar inyecciones y tomar la presión te lo enseñan desde el primer día.

Ana – O sea que algo sabés entonces.

Beatriz – Si y no, antes de tu abuela con lo único que había probado dar inyecciones era a unas cuantas naranjas.

Ana – Pero Beatriz, no lo puedo creer.

Beatriz - ¿Qué pasa? No maté a nadie y en una de esas hasta le salvé la vida a tu abuela gracias a que yo le di las inyecciones.

Ana - Sos un desastre.

Beatriz – Uh, qué exagerada. Tu abuela no dijo nada de eso.

Ana – Se quejaba de lo que le dejaban doliendo cuando le dabas las inyecciones.

B – Eso era solo un poco de falta de práctica nada más. Además la abuela sigue viva ¿no? No se murió por unas inyecciones que le di. Así que estás exagerando.

6 – EL SOL...EL SOL...

Beatriz – ¡El sol! ¡Está el sol en la ventana! Apurate que tenemos nada más que media hora.
B PONE DOS SILLAS AL BORDE DEL ESCENARIO FRENTE AL PUBLICO
APARECE A

Beatriz – Dale vení.

Ana – No tengo ganas.

Beatriz – Vení te digo. Así agarramos un poco de color. Parecemos unas zombies por las calles de Buenos Aires haciendo juego con las demás caras grises. Ni grises, con las caras color de papas que parecemos salidas de una película de “El regreso de los muertos vivientes”. “La marcha de los zombies caras de papa”

Ana - ¿Y pensás que con media hora de sol nuestras vidas van a cambiar?

Beatriz – Por lo menos nos quita algo de lo verde que estamos luciendo. ¿Ves? Esto es lo único que de verdad extraño de la provincia. Allá teníamos sol todo el día, hasta de noche quemaba el sol. Ibas a la panadería, tres cuadras caminabas nada más, tres de ida y tres de vuelta y cuando regresabas a casa estabas toda colorada, quemaduras de primer grado era aquello de tanto que quema el sol allá.

Ana – Eso es porque estamos todo el día dando vueltas, trabajando.

Beatriz – Acá ni se ve el sol. Un cachito de una cosa amarilla, solo es algo que cuelga en el cielo detrás de un edificio, eso es el sol por estos lados. Mirá esto que tenemos de sol. Una porquería, ni siquiera quema el sol de Buenos Aires. Correte un poco que se está corriendo el sol y voy a quedar la mitad roja y la mitad blanca.

Ana – Queda poco, no vale la pena se va a poner atrás de aquel edificio.

Beatriz – Va a aguantar, se va a aguantar ahí. Vos bien podrías tener menos ese color verde ciudad, te pasás todo el día frente a la cocina prendida.

Ana – Y me voy a tostar la piel con el fuego del horno.

Beatriz - ¿Acaso no se hacen las tostadas tostadas con el fuego del la cocina? Bien podrías estar un poco más quemada.

PAUSA

Beatriz – Allá en la provincia miraras para donde miraras estaba el sol.

PAUSA

Beatriz – “Eres un sol”, así se llamaba un poema que le escribí a mi primer novio. “Eres un sol”.

Ana – Estabas enamorada.

Beatriz – Era un idiota que no conocía nada del mundo y de la vida. Una romántica era sin saber qué significaba esa palabra. Qué idiota que era yo, no se puede creer “Eres un sol” Fue un sol hasta que se tiró un pedo. , qué guarango, lo consideraba como un momento de intimidad de la pareja. Tirarse un pedo. Hasta ahí llegó el sol de ese idiota.

Ana – Me cansa esto del sol.

Beatriz – Quedate. Qué cosa con vos. Por lo menos estás haciendo algo positivo con tu vida.

Ana - ¿Acaso no trabajo también?

Beatriz – Trabajar es una cosa, vivir es algo totalmente diferente. Trabajar es deprimente, tomar sol es llenarte de optimismo. Es como cuando te falla algo y te dicen ” lo que pasa es que tuviste poca fe”, la fe es fe, está ahí, poca o mucha, es como el combustible del auto, con poco combustible o con mucho combustible el motor funciona igual y el auto se mueve, sea con poco combustible o con mucho combustible.

Ana – Hay que ser muy optimista para llamar a esto tomar el sol.

Beatriz – El sol es sol. Mucho sol o poco sol es tomar sol. El sol está ahí arriba en alguna parte, si lo viésemos sería más divertida la cosa pero esto es igual tomar el sol.

Ana – Esto no es tomar el sol.

Beatriz – Esto aquí y en cualquier parte de este planeta es estar tomando sol. La vida son momentos. Este es uno de esos momentos. Disfrútalo, en vez de estar ahí gruñendo y resoplando de si es sol o no sol. Toda la vida son momentos. Este es un momento, un buen momento y disfrútalo entonces lo que tenga este momento.

Ana – Espero que la vida sea más que momentos.

Beatriz – La vida son momentos y solo momentos .

Ana – Siempre me acuerdo que cuando era chiquita y el cielo se nublaba yo salía y quería correr a las nubes agitando los brazos, pensaba que haciendo viento, agitando los brazos, las nubes se iban a ir y cuando las nubes seguían su camino porque a ellas se les antojaban y dejaban otra vez que el sol iluminara todo, la sensación de triunfo que yo sentía. Le había ganado a las nubes. ¿Eso es un buen momento?

Beatriz – Eso es no tener infancia, nena. Correr las nubes. Pobrecita.

Ana – Encima que trato de seguirte la corriente.

Beatriz – Pero eso es una desgracia. Yo te hablo de momentos, momentos. Momentos es arriba y adelante y lo que contaste no es ni para adelante ni para atrás.

Ana – A mi me hacía feliz.

Beatriz – La vida es un momento y la vida son momentos, momentos buenos y momentos malos, el truco está en que la pasemos bien. Mirá lo que hizo una paciente de la doctora. Le dijeron que tenía cáncer, le dieron de tres meses a tres años ¿y qué fue lo que hizo? Se tramitó todas las tarjetas de crédito que pudo e hizo en 30 días lo que no pudo hacer en 30 años. Compró una montaña de ropa, de joyas, de relojes, de electrodomésticos. Dicen que terminó comprando más de 20 heladeras y cocina y calefones, lo llevó todo a remate y con el dinero del remate la mitad se lo dio a los hijos y con la otra mitad se fue una semana de vacaciones a Punta del Este y una semana de vacaciones al Brasil. Vivió y gastó como una reina, a 300 dolares por día la habitación. A los dos meses la policía la detuvo, ahora está presa. Una vez a la semana va un médico a la prisión a atenderla, decía que antes se pasaba dos horas esperando para que un médico la atendiera cinco minutos. Ahora el médico va a su casa a atenderla. Y cuando tiene recaídas la llevan y la traen en ambulancia. Y ahí la tenés.

Ana - ¿Y?

Beatriz - ¿Y, qué?

Ana - ¿Y el final feliz? Te olvidaste del final feliz. ¡La mujer terminó presa!

Beatriz - ¡Y lo que vivió! Ya está. Vivís toda tu vida una vida de mierda hasta que una vez parás con el pecho una bala y con eso salvás a la patria. Ya está. Sos un héroe. Tuviste que morirte, vivir un segundo de gloria pero al final ganaste. Ya está. La mujer hizo lo que quiso, por una única vez en su vida. Ese fue su momento ¡Qué importa lo que vivió antes o lo que vivió después! ¿O acaso pensás que todos vamos a vivir sanos y felices hasta el último día de la vida? Que todos vamos a morir bailando un vals. Nos vamos mal de aquí, hartos, aburridos, doloridos. Ella ganó, por una vez en su vida ganó, ya está, es eso. Ese es el secreto de la vida, ganar aunque sea una vez..

7 - EL CAMINO

Ana – Aquí hay cientos de calles por donde caminar. Hay miles de caras para ver y me siento acompañada en la calle. Cuando en la calle te golpean los demás con los hombros o te atropellan, te tocan, no lo veo como un gesto de violencia o de indiferencia, es el roce con la gente, estás como abrigada, protegida, estás con los demás, aunque los demás no lo sepan, no estás sola, que estás acompañada por miles de personas, frías y apuradas pero al final de cuentas yo no quiero hablar con ellas, no tengo nada para decirles, pero la gente está ahí, en la calle, vos sos parte de ellos y ellos son parte tuya, nos movemos, nos movemos hacia alguna parte, yo no pero ellos si, yo no sé para dónde voy pero ellos si lo saben, y siento, me siento como parte de sus planes, estoy en algo, estoy con ellos, moviéndome con ellos, mi vida no está detenida, les hago compañía y me hacen compañía y no lo saben, están a mi lado y no lo saben y me gusta. Y están los olores de la gente, el calor del subte, el ruido, los murmullos, los pasos, si te detenés se oyen los pasos de la gente, y siento que camino con ellos, voy a alguna parte, cumplo mi destino., estoy en mi destino con toda esta gente desconocida que va a cualquier parte y yo que no tengo ningún lugar adónde ir, ninguna meta, ningún sueño, me siento como parte de sus ideas y de sus sueños, yo no estoy en nada, pero ellos están en algo y yo estoy en eso que están ellos simplemente porque estoy con ellos en las calles. ¿Me entendés?

Beatriz – Te iba a decir que salieras más seguido, pero después de oírte creo que es mejor que no salgas tan seguido, el aire contaminado de la ciudad que estás respirando te está poniendo mal de la cabeza.

8 - HABLANDO SOBRE LOS HOMBRES

Beatriz - ¡Hombres! Los hombres hace un millón de años cazaban y pescaban , y hoy siguen cazando y pescando... mujeres. Los hombres apenas cambiaron de mentalidad en un millón de años, en lo único que mejoraron y dieron un paso adelante fue en vestirse mejor que hace un millón pero después de eso olvidate, siguen exactamente con la misma mentalidad de hace un millón de años, cazando y pescando, hace un millón de años para alimentarse y ahora cazan y pescan mujeres para seguir alimentándose pero su vanidad. Yo estaba en la parada del colectivo, tranquilo, esperando el colectivo, no hay otra forma de tomar un colectivo que no sea esperando en la para da de un colectivo, eso por más que no nos den manuales está organizado socialmente así y debe tener que ver el grado de civilización en el que vivimos, unos se toman elefantes para ir al trabajo, otros tomarán cebras, yo que sé, pero aquí para ir del punto A al punto B hay que tomar un colectivo y para tomar un colectivo hay que ponerse en la parada del colectivo. Pues nada más equivocado. Nada más equivocado, Una parada es un lugar para que los hombres cacen y pesquen y satisfagan sus bajos instintos, ellos lo ven así. No hay otra forma de explicar sino su comportamiento. Porque ¿qué pasa ahí? Una está tranquila un día cualquiera, común y corriente en la parada cuando de repente ve que un auto endentece su marcha y se acerca despacio, despacio, a la parada, como un león agazapado a

la maleza acechando a su presa, el tipo con los ojos enganchados a una y una quieta tranquila, en lo suyo, pero no puede evitar ver que aquello se acerca y que el tipo tiene los ojos fijos y babeantes puestos en una, mirándote, mirándote, como esperando alguna respuesta de tu parte, y una nada, quieta, sin inmutarse, creyendo que es una respuesta, y en la cabeza de los hombres lo es, y por supuesto por lo general es la respuesta equivocada, como si la indiferencia total y absoluta más los excitara y los enloqueciera. Y se detienen unos metros después de la parada, detienen el auto, con el cuello totalmente doblado mirando para atrás, tratando de descifrar la falta de respuesta que le dimos, porque parece que entienden la indiferencia como una respuesta positiva, la indiferencia es un estímulo para ellos. Y una sigue como distraída, inmutable, ¿y cuál es el resultado de esa actitud? Pues que dan la vuelta con el auto toda la cuadra y vuelven a pasar, en el auto, despacio, más babeantes la mirada. Como si una por la mirada una cae desmayada de amor a sus pies, como si con la mirada de ellos bastara como para una decir este es el hombre. Y no es eso claro, sé que no es eso, la traducción, de ellos es que una es una prostituta esperando a su cliente, así ven a las mujeres, eso es lo que quieren ver en las mujeres, cambiar sexo por dinero, hacerles el servicio, a so se recude todo. Mascar un chicle debe mover más músculos que lo que ellos quieren como sexo, a eso llaman sentir placer, que en un mundo normal ese placer debe estar al mismo nivel a cuando se golpean dos piedras. A veces, para ver lo que hacen, les sostengo la mirada, u a veces hasta les sonrío y les hago un movimiento de cabeza ¡para qué! ahí se ponen como locos, les entra la desesperación, detienen el auto, el tránsito, atropellan a una viejita que está cruzando la calle, todo les da lo mismo, alguien respondió a su mirada de macho irresistible, deben gritar por dentro “es mía, es mío” y parecería que están a punto de bajar del auto y ponerse a mear alrededor de una, para marcar el territorio y diciendo, “esta es propiedad de papito lindo”

9 – ESCENA

Ana – Una vez fui importante en mi familia. Existía, me veían. Aquello era algo tan raro tan raro, que fue la primera vez y la única vez por eso lo recuerdo tan bien. La única vez que salió el sol para mi en mi casa. Yo existía para mi padre. Increíble. Todo empezó cuando un conocido de él resultó ser el padre de la que me pidieron hacerle unas tortas para su cumpleaños. Resulta que no solo era yo su hija sino que también podía ser un negocio esto de hacer las tortas, o sea nunca me vio a mi como hija y empezó a valorarme gracias a las tortas. Me hablaba. Mi padre me hablaba. De cosas que no entendía ni me interesaban, permisos municipales, abrir un local, tener certificado de la sanidad, instalarme como comercio. Yo, callada, lo oía, nunca en toda mi vida me había hablado más allá de pasame la sal y traeme la botella de vino. Y me hablaba de ir con un contador y un abogado y de mil papeles y vueltas. Había entusiasmo en su voz. Incluso había empezado a hacer unos trámites él mismo. Pero al final ese globo se desinfló. Resultó que lo menos importante del negocio eran las tortas mismas. O yo. Resultó, después de tantas conversaciones, papeles y cuentas que yo terminaba trabajando para mantener vivos a un montón de papeles y a empleados municipales y abogados y contadores. Resultó que querer hacer las cosas bien es un mal camino. Y que hacer las cosas mal era lo correcto. Yo seguía sin entender nada pero así resultaba todo. Es absurdo, termino trabajando para mantener a todo excepto a mí misma. ¿Qué es esto? ¿Cómo está organizado todo en esta sociedad? ¿Por qué es imposible hacer las cosas bien y yo poder ganar algo de dinero. Pero eso no sucede. Todos cobran, a todos les debo de pagar, antes de vender una sola torta, empiezo debiendo un dinero que no tengo, y para poder seguir haciendo las cosas tengo que seguir pagando y no ganar nada. Con mi trabajo, con la estúpida venta de mis tortas vivía la intendencia, vivían los empleados del departamento de sanidad,

vivía la sociedad toda, vivía el país, todos vivían de mi trabajo excepto yo, que debía trabajar para mantener en funcionamiento toda esa maquinaria. Bueno, llegado a ese punto mi padre se desinteresó del negocio, y se desinteresó de mí, volvió todo a la normalidad con mi padre. No me hablaba, no me miraba, ni siquiera sabía que vivíamos en la misma casa. Los que siempre perdemos, hagamos lo que hagamos, seguimos perdiendo. El sistema es fantástico. Nunca nada funciona para mí. El agua siempre la tengo a un dedo de la nariz. Ese es mi horizonte. Y hacia allá voy. Y aquí estoy en Buenos Aires, y no estaría en Buenos Aires si no fuese por mi madre. Otra vez me sucedió que mis padres haciendo las cosas mal terminaron, sin querer, haciendo algo bien para mí. La penitencia favorita de mi madre era el dejarnos sin postre, no sé si en realidad cumplía eso, pero digamos que con lo que nos amenazaba más seguidos a sus hijos era con dejarnos sin postre. Una y otra vez sus rezongos terminaban con la sentencia fatal. “Si siguen así se quedan sin postre” Y me sentía mal por eso. Hasta que un día descubrí un libro de recetas de cocina, y allí estaban postres, postres y tortas, la clave, el secreto, las armas secretas, si yo sabía como hacer los postres toda la amenaza nuclear de dejarnos sin postre quedaba desactivada, no tenía más efectos, destruía de esa manera la mayor amenaza en mi casa, el dejarnos sin postre.

Beatriz – Decime el nombre de las tortas.

Ana - ¿Para qué? Si a esta altura no las sabés es porque no te interesa cómo se llaman las tortas.

Beatriz – Sé algunos, pero quiero oír los nombres de las tortas.

Ana – Pero para qué.

Beatriz – Estoy aburrida, no tengo ganas de salir ni con quien salir, estoy aburrida, aburrida, tirada en el sillón y quiero oír algo lindo. Dale, no seas mala.

Ana – No tengo ganas.

Beatriz – Dale, necesito oír algo dulce. Decime el nombre de una torta.

Ana – Bueno. Torta crema de nuez.

Beatriz – (Hace como un suspiro de placer)

Ana - ¿Qué hacés?

Beatriz – Me imagino la torta y la disfruto. Decime otro nombre de tus tortas. Esta no me gustó tanto. Dale.

ANA NO RESPONDE

Beatriz – Dale.

Ana – Qué molestia.

Beatriz – Dale. Otra torta.

Ana – Pastel de manzana, chocolate y pasas.

BEATRIZ SE REVUELVE DE PLACER. ES UNA MEZCLA ENTRE GUSTO POR LO DULCE Y PLACER EROTICO.

Beatriz – Mmmh, qué lindo que se oye. Decime otra torta.

Ana – Basta nena.

Beatriz – Decime otra, es la última que te pido.

Ana – Alfajor gigante de dulce de leche.

EL PLACER DE B AUMENTA, GESTICULA Y GRITA DE PLACER Y DE REPENTE SE TRANQUILIZA

Beatriz – Gracias, estuvo muy lindo.

Ana – Estás loca.

Beatriz – Pero estoy satisfecha. ¡Ah!

10 – LLAMA EL DOLOR

Ana – Mamá siempre me llama por teléfono. La razón normal y lógica sería para saber cómo estoy, como está la hija, pero a ese punto nunca se llega en ninguna de las conversaciones telefónicas con mi madre. Mi madre me llama por teléfono para hablar de ella. Para contarme quién estaba enfermo, y me contaba los detalles más macabros de la enfermedad. Para contarme quién se había divorciado, y ahora que lo pienso eran más las veces que me contaba de la gente que se divorciaba que la que se casaba, en el mundo de mi madre la gente no se casaba, se divorciaba. ¿Por qué me llamaba? Una piensa que para saber cómo estoy, qué hago, cómo me va, pero nunca me preguntaba de cómo me iba, de qué hacía, de lo que yo pensaba o sentía. Eso sí, si a mi me dolía una pierna a ella le dolía todo el cuerpo, si a mi me dolía un músculo, ella sentía algo raro en el corazón, y que le bajaba al estómago, y que le subía a los pulmones, los dolores de mi madre siempre caminaban por sus órganos internos, el dolor iba como haciendo turismo en cada órgano de mi madre, se paseaba de los intestinos, a la cabeza, de la cabeza a los riñones, y de los riñones al estómago. Incluso con el tiempo se había cansado de su hija favorita, su dolor de cabeza, tanto que la traía y llevaba, y tanto que cuidaba su dolor de cabeza, ahora tiene una nueva hija, la úlcera: historia e historias de la úlcera me contaba como si fuera un ser humano. No sé para qué me llamaba mi madre. Y llamaba siempre antes de dos momentos en su vida. Antes del té y antes de la cena. Puntual. SUENA EL TELEFONO

Ana – No, mamá, pero hoy no te voy a atender.

A DICE LOS TEXTOS INTERCALADOS ENTRE LOS TIMBRES DEL TELEFONO

Ana – Me vas a perdonar pero hoy no tengo ganas de recibir tu pequeña cuota de veneno.

Ana – “Que esto no lo voy a poder hacer. Que para qué voy a hacer aquello”

Ana – No mama, lamento desilusionarte pero hoy no te voy a atender. Y espero que mañana tampoco.

11 - EL MUNDO PLANO

Ana - ¿Por qué dicen que la esperanza es lo último que se pierde.

Beatriz – Porque una vez unos científicos agarraron a un tipo de las patas, lo dieron vuelta, lo suspendieron en el aire cabeza abajo y lo empezaron a sacudir y ahí se le empezó a caer todo, el pañuelo, la billetera los cigarrillos y observaron los científicos que lo último que se le cayó fue la esperanza. Después agarraron a otro tipo le hicieron lo mismo y el resultado fue el mismo, lo último que se le cayó de los bolsillos fue la esperanza y por eso redactaron esa ley universal que dice que la esperanza es lo último que se pierde. Es un hecho científico.

Ana - ¿Terminaste?

Beatriz – Terminé.

Ana – Esa es tu respuesta más inteligente.

Beatriz – No, mi respuesta inteligente sería: Y yo qué sé.

Ana – Por algo deben decirlo si lo repiten tanto.

Beatriz – Yo en cambio estaría más interesada en saber qué es lo primero que se pierde, así sabría cómo termina esa historia y no ando por ahí perdiendo nada y así no dejaría que lo último que siempre se me perdiera fuese la esperanza. Y además si fuese vos dejaría de preocuparme por la esperanza. La esperanza no está hecha para gente como nosotras.

Ana - ¿Y por qué no?

Beatriz – Porque para la gente como vos y yo el mundo es plano.

Ana - ¿El mundo es plano?

Beatriz – El mundo es chato como una baldosa.

Ana – Y sin embargo el mundo es bien redondo.

Beatriz – No para nosotras. Para la gente como vos y yo el mundo es plano. El mundo es redondo para otros, para una minoría, para una pequeña y selecta minoría. El mundo es redondo por ejemplo para la doctora para la que trabajo. Tiene tarjetas de crédito doradas, de platino, atómicas, radiactivas, nucleares, las que quieras. ¿Y mientras tanto nosotras qué hacemos? Estamos aquí juntando monedita sobre monedita para poder comprar un paquete de fideos y poder llegar a fin de mes. De ahí es que nacen tantas confusiones y amarguras, de creer que el mundo es redondo, para nosotras el mundo es plano, allá tenemos el horizonte, y cuando llegamos allá, descubrimos que más allá hay otro horizonte y que nunca llegamos que siempre estamos lejos del horizonte. Si la gente supiera que el mundo es plano viviría menos desilusionada.

12 – EL DESCANSO

Ana - En un momento empecé a pensar en el suicidio como un alivio, como un descanso. Por fin iba a poder respirar tranquila y no como esto de todos los días, la angustia, el destino,

nunca saber qué me va a pasar mañana, ir de un lado a otro, hablar todo el tiempo de cosas que no me interesaban, que no eran importante, que no era la vida, hablar como quien rellena sus días de palabras, la tensión, los nervios, tratar de no llegar muy tarde a la noche por los asaltos. Morir era un alivio si vivís la vida de esa manera. Después me imaginé que sería algo así como un borrar y empezar otra vez, no yo claro está, sino que mi energía iría a alguna parte, formaría parte de algún cuerpo y empezaría otra vez a vivir la vida, como otra oportunidad desde el inicio, otros padres. Tantos años te pasan enseñando en la escuela que nada se destruye todo se transforma, pensé que al final no me iba a destruir, sino transformar en alguien más o en algo más, o alguien o algo más o menos, cualquier cosa, excepto esta vida que llevo.

Beatriz – Hay gente que espera toda la semana a que sea el fin de semana para ir al fútbol, mi viejo es uno de ellos para no ir lejos, y alrededor del fútbol gira toda su vida. Hay gente que espera el fin de mes para cobrar su sueldo y eso que está adentro de un sobre y que ya deben todo y que les va a quedar unas monedas eso es lo único que conocen y conocerán de su destino, de sus vidas y del mundo. Esa gente, nosotras, es nada es nadie y ahí están y aquí estamos y un día nos vamos a morir y se nos terminó todo ¿Por qué pensás vos que vas a tener una vida y un destino distinto del 99,99% de las personas. Hay esto, muchacha, aprovechalo, usalo, esto es la vida, este aire que nos rodea, ese pedacito de sol que tenemos por la ventana, eso es lo que tenemos para vivir y para disfrutar. Acá no tenemos una cortina musical como en las películas, estamos solas, no nos acompañan por la vida violines y trompetas, es esto, es nada más que esto, aquí está el destino y aquí está la vida para vivirla, en el café con leche de la mañana, en la porquería de televisión que miramos, y solo tenemos este pedacito de carne para llevarnos a nosotras de aquí para allá, de todo este mundo solo nos toca un 0,00001%, vivilo, patealo, rompeló, pegalo con cinta adhesiva, y cuidalo porque es todo lo que tenemos.

Ana – Que es nada.

Beatriz – No es nada y es todo, porque esto es lo único que hay para nosotras, olvidate de ponerle los zapatitos a los Reyes Magos, no nos van a traer regalos, el regalo es lo que tenemos en este momento. Así que aceptalo, apretá fuerte los dientes y aguantate la vida que te tocó. Sacale el jugo a toda esta porquería. PAUSA

Beatriz – Uf! Odio hablar tanto
PAUSA

Beatriz - ¿Querés hacer algo contigo? Probá un tratamiento para adelgazar, ya sé, vamos a tratar las dos de bajar unos kilos ¿no nos vendrían nada mal?

Ana – Quiero hacer algo con mi vida pero algo más que quitarme un poco de grasa y un poco de agua.

Beatriz – Vamos a comprar una planta.

Ana – Veo que hoy es el día de tomar las grandes decisiones.

Beatriz – Necesitamos tener algo cerca nuestro, cuya vida tampoco vaya a ninguna parte.

Ana – Algo cuya vida sea peor que la nuestra.

Beatriz – Eso y en la comparación, nos alegramos de ser como somos y de no ser una planta.

Ana – En comparación somos más felices que las plantas.

Beatriz – No vas a decir que no está buena la idea.

Ana – Más que alegría lo que a mí me saca es depresión.

Beatriz – Dale Hoy compramos una planta y mañana quien sabe en una de esas conquistamos al mundo.

Ana – Eso es tener demasiado optimismo. Yo no soporto ni verme al espejo Como para conquistar el mundo estoy.

Beatriz – El mundo no es mejor que nosotros.

Ana - ¿El mundo tampoco? Así que somos mejores que una planta y ahora tres minutos después somos mejores que el mundo. Qué maravilla dejó pasar tres minutos más y terminamos siendo diosas supremas creadoras del universo y el infinito. Sofía, estamos yendo para atrás, el mundo va para adelante y nosotras estamos yendo para atrás.

Beatriz - ¿Podrías luchar a favor de la ecología? ¡Salven a las ballenas!

Ana – No sé salvarme a mí misma y voy a tratar de hacerlo con unas cosas inmensas como las ballenas que están metidas en otra cosa más inmensa y desconocida como son los océanos.

Beatriz – Qué más lindo puede ser que ocupar tu cabeza en metas inalcanzables y en sueños imposibles. Vas a estar ocupada toda tu vida. Cada mañana te despertás y te preguntás ¿qué hago hoy me pego un tiro en la cabeza o voy a tratar de salvar una ballena? Y ahí cada mañana elegís qué querés hacer el resto del día, si andar con un agujero en la cabeza o andar con un sueño imposible en la cabeza.

Ana – O frustrada por nunca llegar a las metas.

Beatriz – Entonces fumá, si no podés salvar a las ballenas, si no podés hacer algo bueno en este mundo, entonces hacé algo malo, y fumá. O comprate ropa. O escuchá música. No hay música en nuestras vidas pero hay música en todas partes de este mundo.

Ana – O sea que la solución siempre está afuera de una, nunca la tiene dentro de una las respuestas.

Beatriz – Las respuestas no importan, si al final no vamos a poder escapar con vida de este planeta. Qué pueden importar las respuestas, la respuesta es respirar, mirar, tomar el cachito de sol que tomamos.

Ana – Y dale con el sol.

Beatriz – El sol es la respuesta. Tomá el cachito de sol que te corresponde, esa es la respuesta. Dejate de hacerte preguntas. Dejá de pensar. No se necesita pensar. Todo está ahí

al alcance de la mano. Te acordás cuando de chiquita te decían “no toques eso, es caca” bueno, ahora es lo mismo “no pienses eso, es caca”

Ana – No hay algo más.

Beatriz – Hay un montón de algo más y hay otro montón de algo menos y en medio estamos nosotras, y nosotras lo único que podemos hacer es llenar de aire nuestros pulmones y sentir como la sangre corre por nuestras venas. ¿Querés sentir algo adentro tuyo? Sentí el aire, sentí tus latidos.

Ana – Y tomo mi cachito de sol.

Beatriz- Y tomá tu cachito de sol. Estamos arriba de la montaña, que es estar en el fondo de nuestro pozo.

PAUSA

Beatriz - ¿Podríamos comprar un cactus?

Ana – De todas las plantas que existen en el mundo se te ocurre justo comprar un cactus.

Beatriz – Es una planta que ya viene sufriendo, como nosotras, el cactus viven en los desiertos y nosotras vivimos en un desierto de oportunidades. Si querés, podés olvidarte de darle agua, ni cuenta se daría de que está sedienta y necesitada de cariño, igual seguiría paradita con todas las espinas paraditas luchando contra el mundo. No hay que cuidarla, acordarse de que tiene mucho sol o no.

Ana – O sea que vamos a comprar un cactus para no cuidarlo. Para tenerlo ahí. Para mentirle, en resumen, porque lo compramos y no lo vamos a cuidar.

Beatriz – Para tenerlo ahí y darle toda nuestra compañía y también para que sepa que en este mundo cruel existen las mentiras y se haga fuerte frente a ellas, que le muestre sus espinas a las mentiras.

Ana – Y también podés usar la maceta del cactus como cenicero.

Beatriz – Viste, ahí tenés, uniríamos la belleza del cactus también un elemento útil.

Ana – No se puede con vos.

Beatriz – Dale vamos a comprar un cactus, ni siquiera lo vi y ya me gusta.

Ana – Si hacemos algo vamos a hacerlo bien o no lo hacemos porque hacerlo mal como siempre no tiene sentido.

Beatriz – Es un símbolo comprar un cactus es un símbolo.

Ana – Un símbolo de qué.

Beatriz – Un símbolo de que estamos vivas, de que podemos hacer lo que sea, sea como sea, bien o mal. Vamos a comprar un cactus.

Ana – Que en realidad es “vamos a comprar un símbolo”

Beatriz – Eso mismo, un símbolo.

Ana – Un cactus como símbolo de que estamos vivas.

Beatriz – No , el cactus es un símbolo de que no estamos muertas. De que también somos capaces de ponerles nuestras caras feas a las cara fea de la vida.

FIN